

## ¡Vaya unos Alamares!

Por ELEDINO MIGUÉLEZ

El final del conflicto comenzó a vislumbrarse hacia la medianoche. Antes no había sido posible, a pesar de los inquietos esfuerzos de los agentes. Los vehículos estaban tan desquiciados sobre la cinta del asfalto aún caliente, que parecían embutirse unos en otros formando un gigantesco salchichón. Se imponía cortar por lo sano para salvar tan embarazosa situación y eso era lo que estaba dispuesta a hacer la autoridad, que había acercado al lugar maquinaria pesada con un objetivo nunca aclarado. Afortunadamente, antes de que tuviera ocasión de intervenir, el ovillo del atasco se fue deshilvanando aun a costa de sutiles rasguños en la pulida piel metálica de algún que otro vehículo.

Cuando el helicóptero aterrizó en medio de la noche sobre la recién estrenada carretera, fue para evacuar, tras no pequeños esfuerzos, a Teodosio, quien se había negado a salir por otros medios menos sofisticados. A aquella hora, para rebajar los riesgos de una operación imposible en la oscuridad, ya tuvieron que detener un tráfico relativamente fluido y los guardias habían podido acercarse haciendo uso de sus motos.

\*\*\*\*\*

“A mí que no me busquen más para estos trabajos. ¡Y encima querían encerrarme! Menos mal que el médico sabía lo que me había pasado... una asoleadura; ¿qué otra cosa podía ser? Mira que se lo tenía dicho al encargado; ‘a mí mándame trabajar: tirar de pala, montar andamios, lo que sea; pero esto no, esto ni es trabajo ni nada’... aunque estar a pie firme un montón de horas seguidas con el sol a plomo sobre la chola termina por joderla. Eso fue lo que me pasó a mí, que perdí el control porque ‘lorenzo’ calentaba a gusto. A cualquiera le puede pasar. Lo malo es que me echarán del trabajo... ¿y qué digo yo en casa? Pensándolo bien, creo que me ahorraré la molestia, a estas horas ya estarán enterados. Lo que más me fastidia es que el cabrón del Mudo se me va a reír en la cara. Con la mala leche que tiene. Y eso que si le han dado trabajo aquí es gracias a mí; pero es igual, siempre anda buscándole las cosquillas a la gente y a mí me las va a encontrar. Claro, a él no le puede pasar una cosa así: como ni oye ni habla, y casi diría que ni siente ni padece, no le van a mandar que controle el tráfico... Ahora lo que hay que hacer es no pensar más en eso, ya se arreglará todo. Con lo a gusto que me levanté bien de mañana a trabajar por la fresca; pero no puede ser, hay horas que es mejor estar durmiendo y días que uno no debía levantarse... Vale ya, no tengo que darle más vueltas a la cabeza; aunque ya estoy viendo la cara que va a poner el Mudo. Pero cuidadito conmigo, que lo escalabro”.

\*\*\*\*\*

El día había transcurrido vestido de calima, como cabía esperar a finales del mes de agosto. Al amanecer,

cuando Teodosio se levantó, una tenue neblina cubría los rastros a ras de tierra. Enseguida pensó que le aguardaba una jornada agobiante. El calor se disiparía en cuanto el sol diluyera la escasa humedad nocturna que hacía más soportables las noches. Las obras estaban prácticamente terminadas, sólo restaban tramos pequeños. Ese día se trabajaría a destajo, fijando los horarios sobre la marcha; para el siguiente se esperaba la gran riada de coches que trasladarían a los turistas de las playas a la ciudad y las obras no podían ser un obstáculo.

La tarea matinal había sido variada y entretenida. Teodosio pasaba de una ocupación a otra totalmente ajeno al tráfico, que, en contra de lo previsto, era mucho más intenso que otros días. Esto lo apreció después, cuando sentado al borde de la cuneta daba cuenta del almuerzo que la patrona le había metido en el ‘serillo’ y los compañeros comentaban los sucesos de la mañana. Ahora podían ver con calma cómo pasaban los coches, por los dos carriles ellos habían dejado libres. Disponían de dos horas de descanso. Los de los pueblos vecinos se habían desplazado a comer a sus casas, pero él, el Mudo y unos cuantos más, traídos por la empresa de lugares más lejanos, estaban de pensión y preferían llevar consigo la ‘vianda’ y tumbarse un rato, después de comer, a la vera de alguna sombra improvisada; raro era el día que podían aliviarse con el frescor de un buen árbol.

La vuelta al tajo después de la siesta se hizo pesada. El sol reverberaba sobre el asfalto y los rastros, y la luz parecía diluirse contra el horizonte formando un inmenso mar de fuego transparente. El aire comenzaba a hacerse irrespirable. Pobre del que tuviera que andar cerca de los humos ventoseados por los escapes de los coches. Como aperitivo de lo que le reservaba la tarde, Teodosio acompañaba a la máquina que, como un gran monstruo, engullía el magma caliente que los camiones ‘empicaban’ sobre sus fauces; luego ella se encargaba de distribuirlo de manera mágicamente uniforme, sin apenas fallos. Precisamente para evitar éstos se movía escoltada por cuatro o cinco obreros. Teodosio era ahora uno de ellos. Sudaba como nunca y empezaba a sentir el vértigo del calor que le subía desde los pies en contacto con el asfalto caliente.

Fue entonces cuando oyó al capataz que le mandaba sustituir al Rubio, que no se encontraba bien. Desde primera hora de la tarde, con un transmisor siempre alerta, había regulado el tráfico junto con su compañero, invisible tras el nuevo trazado de la curva. Entre los dos troceaban rítmicamente la incansable cinta multicolor de vehículos que llegaban a ellos procedentes de sentidos opuestos. No estaba Teodosio en las mejores condiciones para indagar los motivos por los que el Rubio tenía que abandonar y obedeció semiconsciente la orden del capataz.

Al principio combatía el tedio y los efectos del atormentado calor charlando con los viajeros y penduleando por un corto espacio de la carretera. Por fortuna le había tocado detener a los que regresaban de las pla-



La hora de las "diez". 1970.

yas y de vez en cuando paseaba la vista a lo largo y ancho de algún cuerpo femenino cuya belleza resaltaba el bronceado. ¿Era esto una suerte? Más bien se convertía en un refuerzo para la ansiedad que la temperatura asfixiante había despertado en él.

El sol rodaba ya más deprisa hacia la línea ondulada de los montes lejanos, pero el bochorno seguía en la cabeza de Teodosio brincaban en desorden ideas, letras y números reproducidos en el receptor: "LO...8...3...K, rojo, cupé". A su oído habían llegado nítidamente estas palabras: "dos rubias despampanantes". Había que verlas. Le abandonaban las fuerzas, pero estaba seguro de recomponer, con los retazos de su memoria debilitada, las señas de identidad de último coche para el recuerdo. Cuando se cruzara con él daría vía libre a los que a su lado rugían con inquietud.

En el auricular se volvía a posar fugazmente una voz que anunciaba el final de la jornada y advertía que cortaban la avalancha por última vez para retirar la maquinaria y despejar la calzada. Cuando el coche rojo pasara, Teodosio podía retirarse, pues el tráfico se regularía solo, sin su ayuda. Pasaron unos minutos y con ellos gran cantidad de vehículos; pero el flujo quedó interrumpido sin que se cruzara con el indicado. Estaba seguro. ¿Dónde estaba aquel coche? Los rojizos rayos del sol herían la pupila en una trayectoria horizontal. Teodosio hizo visera con una mano y sus ojos lucharon contra el sol que se ocultaba. Allá, en medio de la carretera, divisó dos figuras que se movían alrededor de un bulto que podía ser el maldito coche.

¿Qué hacer ahora? El tiempo transcurría contra la situación. Los conductores y sus acompañantes daban muestras de inquietud. Teodosio les explicaba que debían esperar que cruzara el vehículo que se había quedado en el tramo intermedio y que ahora, con el sol escondido, se hacía perfectamente visible. Los más alejados ya tenían agotada la paciencia y se desahogaban haciendo sonar las bocinas. Teodosio estaba aturdido y no sabía qué decisión tomar. En medio de la indecisión, un conductor desconsiderado sacó su máquina de la fila que aguardaba y se acercó velozmente a Teodosio por el ca-

rril izquierdo con la intención de pedirle explicaciones. El mal ejemplo cundió y rápidamente surgió una legión de imitadores que ocuparon brevemente todo el espacio de la calzada en medio del calor, las voces y el ruido enloquecido de los vehículos furiosos. En tales circunstancias era imposible llegar a un acuerdo y las dos filas se lanzaron carretera adelante como si obedecieran a un impulso secreto, dejando a Teodosio congestionado y enrabietado.

La carrera, sin embargo, no fue larga, pues cuando llegaban a la altura del vehículo averiado, que ocupaba casi toda la carretera, en sentido contrario, con algunos faros ya encendidos, una hemorragia de vehículos avanzaba implacablemente a encontrarse con los impacientes transgresores de las órdenes de Teodosio. Él no había podido evitarlo. El atasco era monumental. Aquellos bárbaros no habían querido hacerle caso y ahora regresaban a pie buscándolo para descargar sobre él su furia. Él estaba allí para impedir el desorden a costa de lo que fuera. La debilidad física no disminuía un gramo su sentido del deber y su integridad moral, si bien ésta tampoco contribuía gran cosa a poner orden en el desbarajuste que se había organizado. Por suerte, los viajeros se habían enzarzado entre ellos achacándose unos a otros falta de civismo y disciplina. Teodosio, a pesar de todo, se vio rodeado por todas partes, incapaz de apaciguar aquel mar encrespado. Entonces vinieron a su mente los recuerdos de sus enseñanzas infantiles y sintió el vivo deseo de transformarse en un moderno Moisés para poder separar con voz potente aquellas aguas en forma de vehículos naufragados en el mar rojo de la cólera. Se sintió transfigurado y ensayó un fuerte grito. Todo siguió igual. Entonces rompió a llorar y, apartándose del tumulto, fue a sentarse al borde de la carretera.

\*\*\*\*\*

Pasó el tiempo y del incidente no quedaron secuelas. Incluso la memoria colectiva, tan cruel a veces, lo fue arrinconando. Sólo permanecía vivo el recuerdo en un testigo silencioso que a punto estuvo entonces de romper a hablar: Selito, el Mudo, cada vez que se cruzaba con Teodosio se ponía tenso, con rápidos giros de muñeca hacía chasquear ruidosamente el dedo índice de cada mano y emitía unos desvencijados sonidos guturales.

- ¿Qué dice?, preguntaban quienes no lo conocían.

- Nadie lo sabe -respondía Teodosio-. Sólo una vez se ha podido entender una frase suya.

Había sido cuando se tallaron todos los quintos, unos meses después de dejar el trabajo en la carretera. El Mudo, como los demás, había bebido lo suyo. En la sobremesa, en medio de las batallitas que cada uno contaba, se levantó. Se le hincharon de tal forma las venas del cuello que parecía le iban a estallar. Con gran agitación golpeó insistentemente la cabeza de Teodosio, que se sentaba a su lado, y estalló con claridad: "¡Vaya unos alamares!".